



Reseña

**Sergio Blanco. *Autoficción: una ingeniería del yo*.
Madrid, Punto de Vista Editores, 2019. 111 pp.**

Ser o no ser: esa es la autoficción

Enzo Matías Menestrina¹

En el panorama de la crítica literaria actual, la autobiografía y todas sus formas concomitantes parecen haber llegado a una saturación. Después de tantos estudios críticos promulgados por los franceses, y ahora, por los españoles, la pregunta pertinente sería si es posible todavía pensar la literatura del siglo XXI como una fuente inagotable de proyecciones subjetivas. En tal sentido, el extenso camino de las reflexiones sobre las diversas problemáticas surgidas de las escrituras del yo, desde los años setenta hasta la actualidad, reiniciadas en Francia por Phillipe Lejeune, profundiza en cuestiones tales como la identidad, los rasgos imprecisos del yo que los escritores manifiestan, el estilo que se adopta para expresarlo, la presencia ineludible del lector y la distancia temporal entre el yo y la escritura, son algunas de las problemáticas abordadas por las teorías de la autobiografía y de la más reciente autoficción. A partir de allí han surgido diversos estudios sobre las escrituras del yo delimitadas por una brumosa frontera entre lo real y lo ficticio. Este paradigma de lo ficticio y lo posible, propio de la literatura, y la contradictoria pretensión de ser fiel al pasado, se

¹ **Enzo Matías Menestrina** es becario en investigación (EVC-CIN) con lugar de trabajo en el Instituto de investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Centro de Teoría y Crítica Literaria, dependiente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de Universidad Nacional de La Plata. Tesista del proyecto de Investigación “Violencia, literatura y memoria en el campo literario latinoamericano de las últimas décadas II”.

conjugan en las literaturas del yo en la reflexión de los escritores en sus propias obras. En estas escrituras la memoria parece seleccionar y preservar diversos aspectos de la existencia, apropiarse del recuerdo desde un tiempo presente, que lo convoca y lo asedia, aunque suceda también, que el presente sea acechado por los recuerdos que afloran provocando la indagación y la búsqueda de una causalidad en la percepción.

Desde que en 1977, Serge Doubrovsky utilizó el neologismo “autoficción” en el preludio de su libro *Fils*, la reflexión y la discusión en torno al término, al concepto y los límites de la autoficción se han prolongado por más de treinta años. Tanto en el comienzo como en todos los debates estuvo presente la confrontación al género del que a todas luces provenía, pero que al mismo tiempo rechazaba: la autobiografía. Sin dudas, Doubrovsky creó un artefacto literario capaz de ironizar sobre la identificación del autor con el narrador, de poner en duda la referencialidad del nombre propio del autor y de transgredir los límites de la autobiografía. Como señala Phillippe Gasparini (2008) en *Autofiction* se trata de una aventura del lenguaje y una aventura teórica cuya exhaustividad radica en dar cuenta de su fortuna, evolución, transformaciones, condiciones y contradicciones.

La problemática de la escritura de sí viene a ocupar un lugar fundamental en los estudios literarios actuales dado que nos convoca para pensar los límites de la literatura, establecer posibles vínculos entre fronteras y, a su vez, para dar cuenta de que cuando surge un pacto de lectura ambiguo no estamos posicionados ante un género autobiográfico sino en el género de la autoficción en donde, tal como indica Manuel Alberca (2008) en *El pacto ambiguo*, se produce una ambigüedad ya que el autor y el personaje son y no son la misma persona al mismo tiempo.

De este modo, el reciente ensayo de Sergio Blanco, *Autoficción: una ingeniería del yo*, publicado en 2019, llama a una extensa reflexión sobre las escrituras autoficcionales puesto que en el presente volumen, con suma destreza y claridad, el dramaturgo Blanco diagrama un mundo de mapas posibles. Asimismo, se llevan a cabo dos operaciones críticas a tener en cuenta. Por un lado, la primera operación es explorar y analizar el recorrido

de las escrituras del yo y los alcances del neologismo de autoficción sin alejarse de la originalidad de su propuesta: la óptica teatral a partir de numerosos ejemplos de obras que comprenden un vasto camino desde Sócrates y San Pablo hacia el siglo XXI. Por otro lado, la segunda operación de Blanco es reflexionar sobre el concepto en el sentido de su propósito, “ingeniería”, como él lo nombra desde el título, siendo esta el resultado de una meditación en voz alta, de un sueño imaginativo que es en sí su investigación en la que las piezas se encastran y conforman, a modo de *puzzle*, un verdadero dispositivo de lectura.

En esta ocasión, nos encontramos con un texto en donde el creador, después de una sólida obra dramática, se plantea una reflexión sobre lo que llama “dispositivo bélico contra uno mismo” (15). Además, añade que no se trata de un libro teórico ni de carácter científico sobre la autoficción sino que prefiere anunciarlo, con total honestidad, como un verdadero *ensayo*: un lugar de dudas, de cuestionamientos y de interrogantes.

En la primera parte, Blanco aborda la construcción de una definición del concepto de autoficción a partir de las palabras de Doubrovsky, que se configura entre dos polos, ficción y realidad, que constituyen las fronteras no traslapables del fenómeno teatro. En el *Captatio*, con que abre su obra *El bramido de Düsseldorf* (2017), la voz de un personaje da una definición del concepto que lo ayudará a observar tres aspectos fundamentales. Primero, establecer la relación entre lo real y lo que no lo es, su concurrencia, para delimitar las fronteras de la escritura donde se genera esta hibridación. Con acertados pasos, se configura un pensamiento de polo antitético al *pacto de verdad* de Lejeune, que Blanco denomina “pacto de mentiras” (23). Segundo, se desprende de la definición aludida, término que el autor propone como aquello que separa la autoficción de la autobiografía, una frontera más, y es allí en donde nace como experiencia amoral e ilegítima, como una posibilidad de operar con el lado oculto u oscuro de la autobiografía. Tercero, el sentido confesional de la autoficción, pues el “objetivo de la producción autoficcional no es enclaustrarse... sino, por el contrario, ir hacia el otro” (25).

Las páginas siguientes son el resultado de un rápido y vertiginoso recorrido histórico de las literaturas del yo desde sus inicios hasta los debates actuales según la crítica literaria especializada. Se trata de un artefacto o dispositivo que se va construyendo de a poco. Piezas mecánicas y estructurales colocadas rigurosamente para conformar una gran estructura discursiva. Cada apartado de este capítulo contribuye a ese “examen del yo” (29), “exploración del yo” (31), la construcción de la autobiografía y su sentido confesional, aportado por San Agustín. El recorrido histórico se completa con la reflexión sobre el concepto de *otredad desconocida*, tan evocado por Rimbaud y Nietzsche, posibilidad del otro habitado, de imaginar lo otro en el yo, de reinventarse. Aquí Blanco nos plantea la posibilidad de ser y no ser.

Hacia el final del ensayo, el autor se une a la tradición de intentar definir un decálogo, que nos recuerda un conjunto de consejos, pautas o reglas, en este caso un “Decálogo de un intento de autoficción”. Para llegar a ello, se planteó analizar su propia experiencia en “mi escritura del yo” (56), en sus obras, sus autoficciones, su hablar de sí. La propuesta consta de diez funciones, acciones que acentúan el concepto de ingeniería, si bien no es propiamente un manual, sino una serie de pasos que, de forma clara y generosa, relaciona con sus creaciones. Un camino que parte de relatarse a sí mismo, ser y no ser al mismo tiempo, como posibilidad de transustanciarse, para encontrarse al final con aquello que se ha vivido: “la escritura –la puesta en relato– aleja por lo tanto lo real. Lo ahuyenta”. Y luego sigue: “Toda escritura es un acto de traición de la realidad por la simple razón que los mecanismos de poetización cambian, alteran, perturban, transforman. Autoficcionalarse es como travestirse: desordenar las huellas de un vivido” (45). En efecto, aventurarse en *Autoficción: una ingeniería del yo* de Sergio Blanco es acceder a la posibilidad de rescribimos, de conectarnos con el otro, de establecer un acto de honestidad y declararnos incompletos, de generar un pacto con el lector, de entender, a partir de la autoficción, que necesitamos al otro para no sentirnos solos, que es por el otro y para el otro que este fenómeno ancestral sigue existiendo, que el teatro convoca un *nosotros* y que ese *nosotros* debe ser nuestra puerta de acceso a un universo

híbrido, ambiguo y atravesado por límites poco precisos. Es allí, en el límite entre lo ficticio y lo posible, que una brumosa frontera convoca las experiencias traumáticas para construirse. En esa construcción de la identidad, el yo parece presentarse como una marca indeleble, una forma calculada y espontánea, en la escritura a partir de diversos mecanismos que posibilitan su pronta identificación al evidenciar que la experiencia real se diluye en una experiencia literaria.